

A LUCIANELA

SONETO TERCERO

Deja, deja las redes, Lucianela,
Y las áridas playas de los mares,
Y torna á tus dulcísimos cantares,
Y torna á tu gallarda tarantela.

Ven el ídolo á ser de tu plazuela,
Do el mismo amor se inclina en tus altares,
Y á abrasar corazones á millares,
Al compás del pandero y la vihuela.

¿Por qué has de usar de materiales redes
Para enlazar imbéciles pescados,
Que el ser tuyos contemplan suerte dura;

Cuando con otras invisibles puedes
Tantos pechos tener encadenados,
Que cifran en ser tuyos su ventura?

Nápoles, 1847.

EPÍSTOLA

Á DON LEÓPOLDO AUGUSTO DE CUETO, CONTESTÁNDOLE Á UNA SUYA DE COPENHAGUE

Recibí tus lindísimos tercetos,
Que rebosan ingenio y poesía,
Cultos, sonoros, fáciles, discretos,

Y han dado gran contento al alma mía,
Que del consuelo de noticias tuyas
Hace ya muchos meses carecía.

Y por más que me digas y me arguyas
Que espacio de escribirme no tuviste,
Mi prevención no es fácil que destruyas.

Allá en Madrid, acaso, ¿no pudiste
Ponerme cuatro letras, ni has podido
El tiempo que en París te detuviste?...

Mas pelillos al mar, pues he sabido
Que has hecho con salud tan gran viaje,
Demos todas las quejas al olvido.

Me pasma y me confunde tu lenguaje,
Y el modo con que pintas esa tierra
En tan tétrico y lúgubre paisaje.

Pues aunque sé que le hacen cruda guerra
De un invierno sin fin la nieve y hielo,
Cosa que sólo con pensarla aterra,

Juzgué sabiendo el ardoroso anhelo
Que en ir allá tuviste, fuera acaso
Un nuevo Eden, un abreviado cielo.

Y aunque de luz, calor, y vida escaso,
País de dulce trato y de cultura,
Agradable á las nueve del Parnaso.

Mas vive Dios, que si es cual la pintura,
Que de él me muestras en tu linda carta,
Completa debe ser tu desventura.

Desde que repasé la lengua sarta
De desdichas, que cuentas, y que creo,
Tu imagen de mis ojos no se aparta;

Y ya tu enclenque personilla veo
Aislada y tiritando entre cristales,
Mirando caer la nieve por recreo;

O de pieles de hirsutos animales
Cubierto hasta la boca y las narices,
Hielos atravesando y lodazales;

O entre estufas, alfombras y tapices
Pasar en las tertulias de esa gente
Dos ó tres largas horas infelices,

Sin que tal sociedad anime ardiente
Amor, ni coqueteo interesante,
Ni un dicho agudo su frialdad caliente;

Sin que un punto el estilo se levante,
Y ó profunda, ó chistosa, ó tierna, ó fina,
Corra conversacion sábica y galante:

En fin, sin que la luz clara y divina,
En esa opaca y detestable esfera,
Brille de la belleza femenina;

Y oyendo los rugidos, por contera,
De una lengua durísima, insonora,
Que áspera y dura aún entre lobos fuera.

Pero haces mal en lamentarte ahora,
Porque tuya es la culpa: el ala encoge,
La mecha aguanta, y resignado llora.

Que aquel á quien dan bien, y mal escoge,
Dice un refran de la española gente,
Por muy mal que le avenga, no se enoje.

Cuando al dejar del Tajo la corriente
(Donde aunque los gallegos te aburrían,
Gozabas claro sol y puro ambiente),

Ir á la hermosa Grecia te ofrecían,
¿Por qué desacordado lo rehusaste,
Creyendo que ofenderte pretendían?

¿Por qué, dí, mentecato, imaginaste
Que Dinamarca era mejor que Grecia,
Y por mudar destino trabajaste?

Tomo I

Si Copenhague fuera otra Lutecia,
Si otra Lóndres... al cabo se comprende,
Tu pretension no hubiera sido necia.

Mas preferir, Leopoldo, el ir allende
El mar del Norte, á no vivir, á helarse,
Y donde ni se goza, ni se aprende,

Sólo puede, perdóname, explicarse
Por falta completísima de seso,
Y como tal con pena lamentarse.

¿Es posible que un hombre de tu peso,
Tan entendido y docto, y aplicado,
Acaso y sin acaso, con exceso,

La cuna á visitar se haya negado
Del humano saber, y el noble suelo
Por tanto ingenio y gloria consagrado?

Allí gozaras trasparente cielo,
Do rueda un sol magnífico, brillante,
Que deja rara vez triunfar al hielo,

Mas que templa su llama fulminante
Con blandas brisas, plácidos rocíos,
Y aún con lluvia benéfica abundante.

Clima tan venturoso nuevos brios
Te hubiera dado, y nuevas ilusiones,
Y también nuevos goces y amoríos.

Allí la vid formando sus festones
Entre olivos pomposos, las colinas
Vieras ornar en todas estaciones.

Y aguas puras, corrientes, cristalinas
Cruzar el verde y delicioso prado
De rosas esmaltado y clavellinas:

Y ni un valle risueño, ni un collado,
Y ni un risco siquiera, que orgulloso
No esté de altos recuerdos coronado.

Allí oyeras el sabio, el sonoro
Idioma, aunque del tiempo carcomido,
Que el troiano cantor hizo famoso.

Y si en las claras nubes, embebido
En profundas ó tiernas reflexiones,
Vagaras por los campos distraído,

26

De Píndaros, de Homeros, de Platones,
Y de Aspasia y Safos te cercaran
Las sombras, ya contigo en relaciones;

Y tu pecho y tu mente se agrandaran,
Y acaso tales obras produjeras,
Que tu nombre, Leopoldo, eternizaran.

Es verdad que en la Grecia no tuvieras
El *boudoir rococó*, ni el *equipaje*
Que en Lóndres y París tener pudieras;

Ni aquel refinamiento en el *menaje*,
Ni acaso el regalado cocinero,
Ni *Urigüen* y *Regnaud*. te dieran traje,

Ni de tanto negocio de librero
Las malvadas y nuevas producciones,
Aluvion que se come al mundo entero,

Gozaras; ni tampoco los salones
Tan llenos de elegancia y secatura,
Ni inmensos de teatros las funciones;

Ni el oropel y baladí cultura
De academias, de clubs, de sociedades,
Charlatanismo todo, y farsa pura.

Pero en lugar de tantas vaciedades,
Que son, por más que nos deslumbren, humo,
Y nublados que anuncian tempestades;

En Aténas gozaras el bien sumo
De un clima delicioso, que el primero,
De cuantos el mortal goza, presumo.

Y el esplendor y claro reverbero
De la belleza femenil, que al cabo
Encanto es de la vida verdadero.

Y si de la afición, que tanto alabo
A cultivar las ciencias y las artes
Sigues, como no dudo, siendo esclavo,

Debes de convenir, sin que te apartes
De mi opinión un punto, que la Grecia
Ricos veneros tiene en todas partes,

Do el ingenioso que el estudio aprecia
Pueda saciar su sed, y que es menguado
El que los desconoce ó los desprecia.

Y no tan sólo son de lo pasado
Los recuerdos insignes sus lecciones,
No, que también las da su nuevo estado.

Un pueblo que rompió los eslabones
Que tantos siglos arrastró, anhelante
De libertad alzando los pendones;

Y que la santa cruz plantó triunfante,
Después de larga lucha y de heroísmo,
Sobre la blanca luna del turbante;

Y que resucitando de sí mismo,
Como el Fénix renace de su hoguera,
Asegura en Levante el cristianismo;

¿No es digno de estudiarse, y no ofreciera
A tus meditaciones campo nuevo,
De la activa política en la esfera?

Sí, sí, Leopoldo, asegurarte debo
Que el darte aquel destino fué una gracia,
Y á demostrarlo sin temor me atrevo.

Pues si buscas activa diplomacia,
Para no enmohecerte entre tus socios,
Y lucir tu talento y eficacia,

¿Pensabas encontrar menores ocios,
Mayor actividad en Dinamarca,
Que en la corte de Grecia y sus negocios?...

Esta tan celebrísima comarca,
Donde un pueblo á mitad civilizado,
Y un extranjero y sin vigor monarca,

Luchan entre el futuro y el pasado,
Ardiendo en fogosísimas pasiones,
Tiene en Europa un puesto reservado.

Y sus bandos, partidos y facciones
Una ancha escena ofrecen positiva,
Do representen todas las naciones.

Allí la Ingalaterra astuta, activa,
De la discordia en su favor el fuego
Sopla, y á Francia del influjo priva.

Esta por otro lado intenta luégo
De su rival descomponer los planes,
Para poder restablecer su juego:

En tanto los caducos musulmanes
La reconquista sueñan con despecho,
Aún juzgando posibles sus afanes;

Mientras que el moscovita está en acecho
De la rica Estambul, y arde en la llama,
Que por tan gran beldad guarda en el pecho.

Y el estudiar tan complicado drama,
¿De fraguar, ocasiones no te diera,
Despachos dignos de renombre y fama?

Pero insistir más largamente fuera
Hacer notable agravio á tu talento,
Y pérdida de tiempo verdadera.

Y concluiré con sólo un argumento,
Contra esa tu elección, que ya te duele,
Y es, si no de razón, de sentimiento.

Al destinarte á Grecia (aunque te huele
Sólo á un corral de vacas, cual se dice
En la lengua que usar el vulgo suele),

¿Tan poca mella en tu memoria hice,
Que de abrazarme el amoroso anhelo,
En esta tierra que el Señor bendice,

No te aguijó para tomar el vuelo,
Y sin andarte en dimes y diretes,
De rondon encajarte en este suelo?...

¿Cuánto al ver asomar los gallardetes
Del buque que te hubiera conducido,
Y sus pomposas gaviás y juanetes;

O de humo denso, oscuro, denegrido
La lengua cola, palpitado hubiera
Mi corazón de dulce gozo henchido!

¿Con qué placer del mar en la ribera,
O en el soberbio muelle, estrecho abrazo
Mi pecho con tu pecho confundiera!

Y enganchados después los dos del brazo,
De las familias de ambos discurrendo,
A quienes une tan estrecho lazo,

Y á Madrid y á Sevilla revolviendo
Nuestra primera charla mal zurcida,
Las cosas y personas confundiendo,

Te hubiera conducido á mi guarida,
Y en ella blandamente descansaras,
Sin anhelar acaso mejor vida.

Y de esta gran ciudad las cosas raras,
Y uno y otro magnífico edificio,
Siendo yo el *Cicerone* examinaras;

Y te hicieran perder casi el juicio
De estas calles y tiendas y paseos
La grande animación, el gran bullicio.

Luégo en estos riquísimos museos
De las tres artes venerado hubieras
Los más altos y espléndidos trofeos;

Mármoles, que con vida los creyeras,
Bronces, que casi sienten y respiran,
Creaciones del genio verdaderas;

Y frescos antiquísimos, que admiran
Por su dibujo, su color y gracia,
Y do gusto y saber juntos se miran;

Mosaicos, en que estudio y pertinacia
Eternizan colores y perfiles,
Y que pasman los ojos por su audacia;

Y armas, y muebles, é instrumentos viles,
Y trebejos domésticos, mezclados
Con adornos y adobos femeniles:

Objetos que en ceniza sepultados,
O entre lava, ya mármol verdadero,
Diez y ocho siglos fueron olvidados;

Y que nuestro gran rey Cárlos tercero
Sacó á la luz, y dióles nueva vida,
Para instrucción del universo entero:

Pues con ellos ha sido conocida
La domesticidad de los romanos,
Y su manera de vivir sabida.

Es gran gusto tener uno en sus manos
Ya un yelmo con su cima y su visera,
De un guerrero de tiempos tan lejanos;

Ya un antiguo velon, ó una salsera;
Ya el collar que adornó de una romana
El torneado cuello y la pechera;

Ya un bote de arbol, que falsa grana
Dió de antigua coqueta á la mejilla,
O iluminó á una vieja cortesana.

¿Y el sentarse de un cónsul en la silla?...
¿Y de Salustio (1) ó de otro personaje
Mirar la palancana ó la salvilla?...

Y no sólo á utensilios del menaje
De aquellos famosísimos varones
Dieras, y á sus estatuas homenaje;

Que de este gran museo en los salones
De las artes modernas lo darías
Tambien á extraordinarias producciones.

De Sanzio y Buonarrotta admirarias
Las tablas y los mármoles divinos,
Y á Salvator de Rosa apreciarías.

Y si gustas de rancios pergaminos,
En esta biblioteca los hallaras,
Griegos, normandos, árabes, latinos.

Pues y cuando conmigo contemplaras
De Herculano y Pompeya las ruinas,
¡Cuánto, cuánto, Leopoldo, allí gozarás!

Luégo trepando riscos y colinas,
Y con pié mal seguro y vacilante
Masas de azufre y lavas ferruginas,

A los hombros altivos del gigante,
Que hizo el estrago hubiéramos subido,
Y hasta la hórrida boca fulminante,

Para escuchar el infernal bramido,
Aterrador cual continuado trueno,
Voz del fiero Titan allí escondido;

Y vieras cómo lanza el hondo seno
Cenizas, peñas, llamas, humo ardiente,
Que ofusca el sol más claro y más sereno;

Y vieras de las lavas el torrente
Que rojo entre peñascos se derrumba,
Y que ningun obstáculo consiente.

—¡Ay!... ¿Son de veras los volcanes tumba
De los rebeldes ángeles, y puerta
De un bátratro infernal, que en lo hondo zumba?

(1) En las ruinas de Pompeya se ve una linda casa que llaman de Salustio y en donde se han hallado muchas preciosidades.

Otras veces al sitio de Caserta
Dirigiéramos ambos el paseo,
Y que te fuera grato es cosa cierta.

Tambien es un magnífico trofeo
De la munificencia soberana,
Que á Madrid dió el palacio y el museo.

No ostenta el edificio la romana
Majestad, ni la gracia y proporciones
De griega arquitectura aún más galana;

Mas tiene respetables dimensiones,
De mármoles magnífica escalera,
Y régios gabinetes y salones.

Grandes son los jardines, de manera
Que te pasas en verlos la jornada,
Y llega su arbolado á la alta esfera;

Y pura abundantísima cascada,
Que de un monte derrúmbase eminente,
Los atraviesa luégo sosegada.

Ni Pórtici te fuera indiferente,
Do va á buscar de esta ciudad la crema
En el otoño saludable ambiente.

Y complacencia te causara extrema
Ver á Castellamare y á Sorrento,
Donde compuso el Tasso su poema.

Y aún más la gruta azul, raro portento,
Pues toda ella parece de zafiro,
Y es de marinas diosas aposento.

Luégo, pudiendo hacer más largo giro,
Hubiéramos á Amalfi visitado,
Y admirado la hubieras, cual la admiro.

Y por el ancho golfo en bote alado
Llegáramos tal vez hasta Salerno,
Patria de Bayalarde endemoniado,

Y cuya vida en comedion eterno
Tantas veces habemos aplaudido
En las pesadas noches del invierno.

¡Con cuánto gusto hubieras recorrido
El templo, con el cuerpo venerando
De un santo evangelista enriquecido!

En él tambien, del célebre Hildebrando,
Que los reyes domó y emperadores,
En espadas las llaves trasformando,

Y que contra los bárbaros furores
De la ignorancia combatió forzado,
Dando á la Iglesia nuevos resplandores,

La tumba contemplaras: Y no dudo
Que al ver su noble busto allí esculpido
Lo saludaras con respeto mudo.

¡Y cuál despues tu encanto hubiera sido
Las ruinas de Pesto visitando,
Que más de tres mil años han cumplido!

Hácia distinta parte luégo andando,
Por la larga y antigua, y rara gruta
De Posilipo el monte taladrando,

Tomáramos la hermosa y ancha ruta,
Que por Bañoli va y por la marina
Hasta Puzzol, famosa por su fruta.

De Sérapis un templo allí en ruina
Vieras, la celebrada solfatara,
Y un circo de grandeza peregrina.

Y despues las estufas ¡cosa rara!
De Neron, donde á entrar no hay quien se atreva,
Si hasta el quilo á sudar no se prepara.

Cerca el lago de Agnano con la cueva
En donde muere el can, que se aventura,
De lo que hubieras visto hacer la prueba:

Lago, que de un volcan ser se asegura
El extinguido cráter, te daría
Gusto por su amenísima frescura.

Y un poco más allá te gustaría
Ver á Averno, á Lucrino y á Fusaro,
Lagunas que Virgilio conocía.

Y observarás tambien con tiempo claro
En el lecho del mar dormida á Cumas,
Pueblo que la Sibila hizo preclaro.

Y si del mar dejando las espumas,
Del cerro de Camáldula á la frente
Subieras una tarde en que no hay brumas,

Y el sol hácia la tumba de occidente
Lento bajar de majestad vestido,
Vieras por este cielo trasparente,

Te quedaras, Leopoldo, embebecido:
Pues igual espectáculo en tu vida,
Ni aún allá en nuestra patria, has conocido.

Oro es el horizonte, y es fundida
Plata la mar, el aire es grana, y fuego
Cuanto alumbra la llama enrojecida.

Y los celajes pálidos, que luégo
Rubí se tornan, nácar y topacio,
Formas cambiando con gracioso juego,

Aparecen cual fúnebre palacio,
Que honra al cadáver del Señor del día,
Del difunto monarca del espacio.

Y de Ischia la cerviz alta y sombría
Pirámide parece, que levanta
Para sepulcro suyo la mar fría.

Mas si como me temo ya te espanta
De tanto que hay que hacer aquí la vista,
Que aún el placer continuo no se aguanta,

Y dices entre dientes: *Dios me asista.*
En no haber ido á Nápoles bien hice,
Pues para tanto andar no hay quien resista;

Razon es que te calme y tranquilice
Diciéndote, que tales excursiones
No son cual tu temor tal vez te dice.

Pues ó se hacen en cómodos bridones
Obedientes al freno y á la espuela,
O en hombros de robustos lazarones;

O por ferro-carril, ó en carretela,
O en barca, ó en jumento, y hay alguno
Que más que un ave por los campos vuela.

Ni me ofendas, creyéndote que ayuno
Ibas á andar así de ceca en meca,
Pues me cuido y me mimo cual ninguno.

Y llevo siempre bollos de manteca,
Un paté de foie gras, Jerez, Champaña,
Jamón, pavo trufado y fruta seca,

Quando me arrojé activo á la campaña
Para correr por estos andurriales,
Y así obsequiar á un viajador de España;

Que tripas llevan corazon en tales
Excursiones, y estómago vacío
No ve más que fantasmas infernales.

Que no pensaras, Leopoldo mio,
Que ibas tan sólo á ver antigüedades,
Grutas, parques, y páramos confío;

Pues en altas y bajas sociedades
Te hubiera presentado con gran gusto,
Do admiraras también raras beldades;

Y no de mal pergeño, y genio adusto,
Sino de gran primor y ameno trato,
Pues decir otra cosa fuera injusto.

Mas vive Dios, Leopoldo, que hace rato
Que en contarte la vida que aquí harías,
Cual si me dirigiera á un mentecato,

Me ocupo, y no te doy noticias mías,
Que pienso deben tanto interesarte,
Pues que de ellas careces largos días.

Pero ¿qué he de decirte ni contarte?...
Que aquí estoy cada día más contento
Puedo tan solamente asegurarte;

Pues esta gran ciudad es mi elemento,
Y cuatro breves años han corrido
Sin dar á mi madura edad aumento.

Aquí no se envejece, y he vivido
Como el pez en el agua, con la suerte
De ser de altos y bajos aplaudido.

Mas no debo ocultarte ni esconderte,
Que empieza ya la atmósfera á turbarse,
Y que barrunto un temporal muy fuerte.

Esta tierra comienza á conturbarse
De la revolucion con la tormenta,
Y sus dichas verá desmoronarse.

Ya de plebe ignorante y turbulenta
El alarido en estas plazas zumba,
Y bastardas pasiones alimenta.

Y temo se abra la insondable tumba,
Donde el reposo y paz de las naciones
Este siglo maléfico derrumba.

En Palermo han tronado los cañones,
Y si aquí aún están mudos, se ha debido
A oportunas y sábias precauciones,

Y á que este rey magnánimo, advertido,
Concesiones, por cierto extraordinarias
Mas que están á la moda, ha prometido:

Y tenemos aplausos y plegarias,
Milicia, tricolores banderolas,
Vivas, muertas, banquetes, luminarias.

Cosas, que indiferentes por sí solas,
Dan márgen á desórden y á exigencias,
Que crecen cual del mar crecen las olas.

Entre tales trastornos y ocurrencias
Ya te figurarás que habré tenido
Compromisos de graves consecuencias,

Que mi tranquilidad habré perdido,
Y que grandes negocios cada hora
Me tendrán abrumado ó aburrido.

Ya un parecer me piden sin demora,
Cual práctico en barullos semejantes,
Ya á un consejo me llaman á deshora.

Y en tan duros y críticos instantes
No estoy yo descontento de mí mismo,
Que haciendo estoy servicios importantes,

Ora calmando un necio patriotismo,
De aquellos que de buena fe caminan
Con intencion sanísima al abismo;

Ora á los que engañados desatinan,
Sin conocer del siglo la tendencia,
Porque hábitos añejos los fascinan,

Aconsejando calma y gran prudencia;
Porque oponer de pronto á tal torrente
Impotentes estorbos es demencia.

En fin, predico con teson ardiente
Respeto al trono y paz, cimiento sólo
De un arreglo oportuno y conveniente.

Mas ¡ay! parece que iracundo Eolo
Ha soltado los fieros huracanes,
Que el orbe agitarán de polo á polo.

Temo grandes vaivenes y desmanes,
Y me asusta el mirar á los ingleses
De la discordia acalorar los planes,

Miéntras duermen ó sueñan los franceses,
Cuya débil y necia diplomacia
No ve en peligro aquí sus intereses (1).

(1) Aún no se habia verificado en Francia la revolucion que lanzó del trono al rey Luis Felipe.

Dios nos conceda por piedad la gracia
De que no cunda la espantosa hoguera,
Que empieza á arder con insaciable audacia;

Y que la hermosa Italia á la carrera
No se lance, de paz y dichas harta,
En que un confuso piélago la espera.

Pero va siendo libro lo que es carta,
Y que tenga ya término es forzoso
De estos tercetos la prolija sarta.

Adios, Leopoldo amado, sé dichoso,
Y pues sabes lo mucho que te quiero
No seas en escribirme perezoso.
Nápoles á catorce de febrero.

